



EL TRABAJO: ¿RELIGIÓN O ESCLAVITUD?.

(José María Mardones. Madrid)

El trabajo oscila hoy entre la exaltación sacralizante y el desprecio del mercado. Nos encontramos con uno de esos lugares elevados que pueden servir de observatorio de nuestro cosmos social y cultural. La sociedad que formamos muestra su rostro surcado de profundas ambigüedades cuando miramos hacia el trabajo. Los políticos nos ofrecen -en el baile de promesas en que parece se ha convertido el quehacer político ante las gravísimos desafíos de la realidad- crear 20 millones de puestos de trabajo en Europa en esta década, pero no nos dicen cómo.

Según estadísticas del Centro Internacional del Trabajo, donde más se trabaja hoy es en Corea del Sur, Chequia y EE UU. Los estadounidenses trabajan ahora 39 horas más al año que en 1990. Y, en conjunto, se advierte una tendencia en casi todas las empresas por exigir más disponibilidad a sus cuadros técnicos y dirigentes. Nadie lo exige, se dice, pero nadie deja su puesto de trabajo a la hora. Disponibilidad es el nuevo nombre de la supeditación del trabajo a la empresa.

Al mismo tiempo se genera una nueva ideología del trabajo que la acerca a la religión: se predica la entrega a la empresa, la devoción a sus objetivos, el respeto que deviene culto al jefe, el hacer del lugar del trabajo un espacio de encuentro y convivencia más cálido que la misma familia, etcétera. Por no hablar del discurso sobre la libertad y el desarrollo del potencial humano a través del trabajo. Se trata de que el trabajador se entregue en cuerpo y alma a la empresa y sus objetivos. La empresa, mientras tanto, le ofrecerá seminarios para el adoctrinamiento permanente y para que asuma, cada vez con mayor entusiasmo, su credo (la misión, los objetivos). No nos debe extrañar que la empresa transnacional de material deportivo Nike -famosa también por la explotación de mujeres y menores- vea con buenos ojos cómo sus empleados llevan tatuado su logotipo. Una forma de testimoniar con la propia piel la dependencia a la marca multinacional.

Por otra parte, asistimos a una creciente precariedad del trabajo. Cada una de las diarias noticias de reestructuración de las empresas, de fusiones de éstas, de reconversiones, etcétera, significa en números contantes y sonantes el despido de miles de trabajadores. Habermas llega a acuñar el eslogan de la realidad económica actual: se fusionan las empresas, suben las acciones y crecen los despidos de los trabajadores. De esta manera aumenta el miedo ante la pérdida del puesto de trabajo y éste se desvaloriza como profesión o dedicación (vocación), ya que nadie le puede asegurar a un joven que lo que estudia hoy es lo que va a ejercer mañana. Más bien, será una rara casualidad. Pero nada arredra a la actual ideología, que lo presenta como una ocasión magnífica para la formación permanente y hasta podríamos añadir que así queda asegurada la eterna juventud de las neuronas. No se dice nada, sin embargo, de los costes en forma de tensiones y angustias personales, de la dilapidación de capacidades, vocaciones, o un capital de experiencia, etcétera.

Esta precariedad es utilizada por la empresa para domesticar a su fuerza de trabajo. Se comprende así que surjan iniciativas tan peregrinas como las del Bank of America, que después



de despedir a diez mil empleados, al mes siguiente editó un planfleto con recomendaciones de cómo contribuir a sostener el banco en el camino del éxito: barriendo la suciedad, sustituyendo las bombillas estropeadas, podando los árboles del entorno, etcétera. Sin ir a California, nos podemos quedar en casa y referir cómo el 90% de los jóvenes españoles no tienen escrúpulo en aceptar condiciones de ilegalidad de contrato, tiempo, etcétera, con tal de tener un trabajo (Informe de Cáritas Española, 1996). A esto se llama lisa y llanamente domesticación social.

Se equivocaron los A. Gorz, A. Schaff y otros muchos que, hace no demasiado tiempo, pronosticaban una sociedad futura de menos trabajo y más ocio. Una sociedad donde las posibilidades de humanización y de formación crecerían con el aumento de la riqueza y el tiempo disponible.

El capitalismo sin trabajo (U. Beck) deja un rastro de exclusión social que es el detritus maloliente de esta sociedad de la exaltación jubilosa de la sobreexplotación del trabajo. Se calcula que en la UE, por ejemplo en España, puede rondar alrededor del 15% este grupo de excluidos de la sociedad. Porque ya se sabe que quien no tiene trabajo, no tiene lugar social y no tiene futuro. Y lo peligroso es que todavía el trabajo señala el estatus social y hasta la identidad de una persona. A la cuestión ¿Usted qué/quién es?, se responde indicando el trabajo, es decir, la ubicación social.

Una sociedad donde el trabajo oscila entre la sacralización y el desprecio es una sociedad enferma. No es extraño que nos tropecemos con muchas personalidades sin referentes, cuando el trabajo, la oficina -como dice plásticamente R. Sennet- ya no es un lugar de reconocimiento social ni de identidad. La precariedad del trabajo significa el debilitamiento de la persona: se queda al aire, sin raíces sociales, en una sociedad que exalta, por otra parte, el éxito profesional como la realización del individuo.

Significa también la evidente pérdida de funciones sociales de la empresa. Estamos pasando de una empresa socializadora a una empresa amenazadora desde el punto de vista social: desocializadora es el calificativo que le atribuye A. Touraine. Las empresas que contratan y utilizan trabajo basura ejercen una función de debilitamiento más que de integración social. A la larga, este predominio del capital sobre el trabajo, o esta amnesia de la función social y humana del trabajo, se volverá contra la misma empresa: la dejará sin la vinculación humana y su creatividad. Un trabajo obtenido solamente a fuerza de dinero empobrece y embrutece. Mala noticia para una sociedad democrática.

No es extraño que, ante la llegada masiva de inmigrantes, los lugares más débiles socialmente voten a Le Pen. Precariedad, desocialización e inseguridad social forman un cortejo fácilmente explotable por el demagogo de turno. Europa no se tiene que extrañar ya hoy de que mañana tengamos muchos problemas personales y sociales. Estamos alimentándolos en el caldo de cultivo de un trabajo exaltado y envilecido.